

# EL RETO

¡ Detengan esto! Gritó con una voz que sólo él pudo escuchar al ver como su carro se precipitaba a toda velocidad en el vacío. Mi cuerpo quedará despedazado, pensó; sólo por mi anillo que tiene grabadas mis iniciales podrán reconocerme, lo demás será carne, sangre y huesos revueltos con el metal. Sintió claramente como su estómago se elevó golpeándole la garganta. Los árboles, los postes y las banderas iniciaron entretanto una alegre ronda infantil. Cerró los ojos para contener la náusea. Ahora de las profundidades fue izado por un brusco tirón, igual que el dado a un pez atrapado por un anzuelo. Su cuerpo fue lanzado contra el respaldo mientras él, con sus manos aferradas al tubo de metal, trababa de contrarrestar ese efecto. Esto es criminal, se dijo, el gobierno debería prohibirlo. Con los ojos cerrados sintió que la segunda caída era más profunda. Instintivamente se llevó una mano a la cara para proteger el derrumbe de sus preciados lentes. Juró no volver a mirar hasta que terminara el tormento. La risa alegre, voluminosa y espontánea de su compañera pudo más que su miedo. La odió como nunca había odiado a nadie en su ya larga vida. Sus ojos al abrirse se llenaron de los blancos dientes femeninos, del cabello negro que flotaba trazando líneas horizontales contra el cielo, de sus ojos brillantes,- brillo que nunca había podido obtener con sus besos y caricias-. Sádica y masoquista, eso es lo que es, aseguró para el mismo. No la blanca palomita que finge ser. Esto lo hizo a propósito, para probarme, para ponerme en ridículo o con otros fines más macabros. La

## EL RETO

siguiente caída lo dejó sin aliento, bajó la mano al pecho para detener el seguro infarto que no tardaría en producirse. Voy a morir intestado, pensó, pero qué bueno, así no le tocará nada a ella, aún no es mi esposa y no podrá reclamar nada de nada. Tonta, esto lo debió haber planeado para después de la boda, así quedaría rica y con el prestigio que da ser una viuda joven y bella. Estuvo por tararear el vals de la Viuda Alegre, pero un nuevo desplome, éste desde lo alto de la montaña rusa, hizo que sus pensamientos salieran como catapulta por su occipucio y sus ojos saltaran igual que canicas disparadas por un escolar. El fuerte dolor del cuello debido a la tensión muscular lo hizo pensar en una fractura de columna. También debería tener fracturada una costilla. No se atrevió a mover. Esto es lo que aconsejan los libros de primeros auxilios, recordó, cero movimientos. Dejaré, decidió, que ella se arregle como pueda, al fin es su culpa. Tendrá que llamar a la Cruz Roja, acompañarme al hospital, declarar y quizás donar sangre. Después de esto terminaré con ella para siempre, pero no sin antes hacerla sufrir. Qué compre su ajuar, su traje de novia y el día de la boda se quedará inútilmente esperando mi llegada. Así aprenderá a no burlarse de los hombres. Un fuerte enfrenón indicó que el juego había terminado.

- ¿A poco no estuvo rete padre?
- Sí, estuvo divertido.
- ¿Damos otra vuelta o nos subimos al avión del amor?
- Lo que tú quieras, mi vida.

**TOMÁS URTUSÁSTEGUI**

**1998**